

QLIPHOTH



Adriana Alarco de Zadra

Tor Åge Bringsværd

Jorge R. Ogdón

Luis Valero de Bernabé

Márquez de la Plata

José Carlos Canalda

10

ÍNDICE

	Editorial.....III
	'Alas de Mariposa', por Adriana Alarco de Zadra.....IV
	'Yo, el Diablo', por José Carlos Canalda.....VI
	'Mitología nórdica', por Tor Âge Bringsværd.....XI
	'Últimas palabras', por Luis Valero de Bernabé.....XVIII
	'La Puerta Etrusca (VIII)', por Jorge R. Ogdon.....XIX

Noviembre 2003

Qliphoth es un fanzine en formato PDF sobre mitología que se distribuye gratuitamente y se realiza sin ánimo de lucro.

El © de los relatos y las ilustraciones pertenece a los autores.

Dirección de contacto: qliphoth@eximeno.com

ISSN: 1578-1739

EDICIÓN/MAQUETACIÓN:

Francisco Ruiz & Santiago Eximeno.

DISEÑO DE PORTADA:

Román Miranda

COLABORAN:

Adriana Alarco de Zadra, Tor Âge Bringsværd, Román Miranda (ilustración de portada), Luis Valero de Bernabé Márquez de la Plata, José Carlos Canalda y Jorge R. Ogdon (ilustración de relato).

EDITORIAL

El mundo a la espalda

Quejarse no sirve de nada. Seguimos llevando nuestra carga a cuestas, nos echamos a la espalda todo lo que nos ocurre y continuamos adelante. No conocemos otra forma, no conocemos otro modo. Es una carga que nos acompaña desde nuestra infancia y no nos abandona hasta nuestra muerte. A veces nos lamentamos, a veces la disfrutamos. Y cuando no obtenemos respuestas, nos refugiamos en nuestros miedos atávicos y nuestros dioses, aquéllos que nos crearon y nos negaron el conocimiento.

¿Hemos permitido que todo ello nos afecte? ¿Tenemos derecho a quejarnos de esta vida, la única que conocemos? Son respuestas que no obtienen pregunta.

Y ese silencio eterno es lo que más nos molesta.

Los Editores.



Alas de Mariposa

Por Adriana Alarco de Zadra

*"Queda prohibido llorar sin aprender
levantarte un día sin saber qué hacer
tener miedo a tus recuerdos."*

P.Neruda

La desaparición de Rosa causó mil conjeturas hasta que el viejo cura aseguró un domingo haber visto al macho cabrío cruzar el pueblo al atardecer. Sucedió un sábado en la tarde cuando Rosa la mudita atravesó la plaza polvorienta hacia la fuente de agua con los pies morenos desnudos y la jarra de barro sobre la cabeza. Millares de mariposas amarillas revoloteaban a su alrededor mientras sus ojos contemplaban fijos las montañas lejanas y el campanario de una sola torre que se alza encima de la vieja iglesia blanqueada con varias manos de cal. El párroco observó a Rosa llegar por el camino sombreado por ficus entre el polvo y los alacranes, bajo las nubes peregrinas: "Nada bueno se traen, cuando amarillas son...", reflexionó.

La fuente en medio de la plaza con sus bancas deterioradas es, como siempre, centro de reunión de niños y viejos, los únicos que quedan en el pueblo desde que los jóvenes buscan trabajo en la ciudad luego de la sequía que arrasó y destruyó sembríos. Entre casitas de caña y barro forjadas por manos infantiles, las viejas chismorrear esperando escuchar de un momento a otro el ruido de chatarra desvencijada del carromato desbaratado y maltrecho que llega una vez a la semana. Levanta una nube de polvo el autobús, al llegar retrasado como de costumbre, y bajan los pasajeros con bolsos, cajas, telas, bultos, envases, gallinas, pavos y conejos. Algunos jóvenes que se han escabullido del pueblo para encontrar mejor destino, regresan de visita.

Una mujer que viste larga falda, botines de cuero, chamarra de lana de alpaca, collares de cuentas y largos pendientes de filigrana de plata además de sortijas y pulseras de tamaños y formas peculiares, baja rodeada de un penetrante olor a hierbas olorosas.

Rosa abre bien los ojos, admirada, y le acerca su jarra amablemente.

Observa sus propios pies desnudos mientras oye lo que la mujer relata a los que quieren escucharla sobre las nuevas maravillas de la ciencia. Ella vende piedras y cristales mágicos que curan cualquier enfermedad y levantan de la depresión a todo ser que haya caído en desventura. Asegura que ha encontrado la forma de volverse incandescente y jugar con fuego, bañándose con aceite de vitriolo. A Rosa, quien le ofreció agua en su cántaro de arcilla, le regaló una piedra que según le dijo, tiene su mismo nombre,

Ágata, y sirve para volver invisible a la persona que la lleva. Al recibir la calcedonia prodigiosa de las manos ensortijadas de la estrafalaria y excéntrica hechicera, Rosa piensa que ella posiblemente nunca podrá viajar a menos que no sea gracias al arte de tan estrambótico regalo. Se quedará a la sombra de la vieja iglesia de carcomida cal con una sola torre para limpiar la casa, atender el corral y las cosechas, sin conocer afuerinos, entre montañas y valles límpidos y no irá nunca a ningún lugar de perdición como le ha dicho el cura que es todo lo que hay fuera del pueblo polvoriento, ya que su mudez no la ayuda a desenvolverse.

Algunas mariposas amarillas se elevan por los aires y se detienen sobre el techo del desvencijado autobús que regresa a la ciudad. "Yo quisiera ser esa mariposa", piensa Rosa con repentino y acuciante deseo de huir, evadirse, fugarse, escaparse de sí misma para llevar aquella vida sólo concebida en sus más delirantes sueños.

Se aleja de la fuente y emprende el camino a casa mientras le tiembla la jarra de agua en la cabeza. La depone sobre el sendero polvoriento y aprieta en sus manos el regalo mágico de la extraña mujer. ¿Encontrará algún día el valor de separarse de su mundo que se llena de gris y de monotonía sin fin?

Debe descubrir en su interior, el coraje intrínseco de la mariposa y volar más allá de esas montañas. Abre los brazos, aprieta en una mano el mágico presente y empieza a dar vueltas sobre sí misma para luego revolverse en una vorágine con el deseo extremo de desprenderse, que la hace

levitar y disolverse en el aire mientras las mariposas amarillas revolotean alrededor del autobús que retorna a la ciudad.

El cura desde lejos asiste al milagro y el domingo siguiente anuncia en el púlpito la levitación de Rosa y su misteriosa desaparición. Excomulgó a Ágata, portadora de tan infausto evento. Los pobladores se llenaron de admiración por el milagro o el castigo de Rosa, pues no sabían bien cómo explicarlo. Las piedras mágicas de Ágata tuvieron desde ese momento un éxito increíble y la llamaron maga el día en que, riendo a gritos, prendió fuego a una paila de algodón maduro atrayendo el rayo solar con los lentes que había dejado olvidados el viejo cura en una banca de la plaza. La recién llegada terminó de vender sus piedras milagrosas y maravillosas para volverse invisible, en el pueblo, y luego juran las viejas que la vieron subir entre el cañaveral sobre una vaca con grandes alas de mariposa hacia un grupo de discos amarillos.

En la tertulia alrededor de la fuente, los chismes cuentan que Rosa perdió su mudez congénita y vive en una gran ciudad vestida de gitana; también aseguran que Ágata viajó en uno de los discos que la esperaban en el cielo, hasta esa estrella brillante desde donde presumen que la maga llegó al pueblo polvoriento un sábado en la tarde. Alrededor de la fuente, bajo la sombra de la torre de la iglesia, las viejas aprietan en sus manos las ágatas con la esperanza de desaparecer del lugar, de librarse de su triste vida y de sus años y de regresar, en algún planeta del mundo extraterrestre, a ser nuevamente jóvenes y bellas.



Yo, El Diablo

Por José Carlos Canalda

Antes de nada, permítanme que me presente. Soy Lucifer, el portador de la luz, aunque ustedes también me conocerán probablemente como Satán o Satanás, el Demonio, el Diablo, e incluso por otros calificativos menos afortunados como el Maligno, el Gran Cabrón, o incluso el chusco nombre de Pedro Botero.

Quizás se preguntarán la razón por la que me dirijo a ustedes de esta manera, sobre todo si tenemos en cuenta la mala fama que secularmente me han atribuido los servidores terrenales de la Otra Parte... Pero les aseguro que la realidad de Allí Arriba es mucho más compleja que esa absurda distinción entre el Bueno (ya saben quién) y el Malo, es decir, yo. Lo cierto, es que a cada uno de nosotros le correspondió en su día una responsabilidad que todos asumimos con total profesionalidad independientemente de que a algunos nos cayera en suerte desempeñar frente a los humanos un papel ciertamente poco lucido; lo importante, es que yo siempre he estado satisfecho de mi trabajo, y así me lo han reconocido en todo momento la totalidad de mis compañeros empezando por el propio Director de Allí Arriba... Y discúlpenme si no cito su nombre, pero tienen que comprender que, después de tantos milenios, los hábitos resultan bastante difíciles de desarraigar.

Todo empezó hace algún tiempo. Yo me encontraba trabajando tranquilamente en mi oficina... Bueno, no vayan a creer que yo me siento delante de una mesa como si fuera un simple humano; pero el símil resulta válido y no altera en absoluto el sentido de la narración. Tan sólo tenía que resolver algunos pocos asuntos de trámite tales como antiguas y ya casi olvidadas ventas de almas y una o dos misas negras de las que ya había responsabilizado a mis ayudantes inferiores.

La jornada, pues, se presentaba tranquila y plácida tal y como acostumbraba a ser habitualmente en mi sección desde hacía ya mucho. Me encontraba enfrascado en la resolución de un curioso sofisma que me había planteado mi buen amigo Vishnu, cuando me

apercibí de la llegada de la pequeña Iris, la encargada de nuestro servicio de correo interno. Puesto que no suelo recibir demasiada correspondencia (hablando con más propiedad, no me llega prácticamente ninguna), no dejó de sorprenderme que me entregara una misiva que, por el sobre (tampoco era un sobre, pero dejémoslo así), pude deducir que se trataba de una circular de los servicios centrales de la Administración Sobrenatural.

Esto me intrigó. Normalmente nuestros negociados gozaban de una amplia autonomía interna, por lo que resultaba excepcional que los de Arriba del Todo se inmiscuyeran en nuestros asuntos. En lo que a mí respecta jamás se me había dado esta circunstancia, lo que hacía aún más extraña la situación.

Tardé muy poco en salir de dudas. En la circular se me comunicaba, con el frío e impersonal lenguaje de la burocracia, que a partir de ese momento quedaba relevado de todas mis responsabilidades al frente del Negociado Infernal para pasar, en calidad de funcionario jubilado, al colectivo de las Clases Pasivas. Firmaba la orden el propio Jefe Supremo, y el documento estaba plagado de toda esa caterva de sellos y rúbricas que tanto encantan a la plaga de los burócratas.

Mi primera reacción fue de estupor inmediatamente seguido de una sorda indignación. Puesto que todos nosotros somos inmortales, hubiera resultado completamente absurdo establecer nuestra jubilación en función de una edad en la que empezáramos a declinar física y mentalmente tal y como ocurre con ustedes los mortales. Sin embargo, sí contamos con un equivalente a la decrepitud corporal: Todo nuestro colectivo depende en definitiva de que algunos (o muchos) de ustedes crean en nosotros y nos adoren o nos teman, que para el caso viene a ser lo mismo. Y así, cuando alguien tiene la desgracia de perder al último de sus fieles, es clasificado automáticamente como jubilado siendo relevado de sus responsabilidades y enviado al equivalente a uno de sus asilos. Eso era precisamente lo que me acababa de ocurrir.

Como es natural, me dirigí lo más rápido

que pude a la Sección de Personal con objeto de clarificar lo que yo suponía que era un error. ¡Jubilarme a mí, que era uno de los seres más temidos y por ello más reverenciados de toda la historia de la Cristiandad! Era ciertamente indignante, y no estaba en absoluto dispuesto a consentirlo.

Me recibió el propio Miguel en persona (o, por hablar con más propiedad, en arcángel); era éste el responsable máximo de la Sección de Personal y, por lo tanto, el culpable en definitiva de mi desairada situación. No, no crean que Miguel y yo somos enemigos irreconciliables a pesar de la batallita que nos vimos obligados a perder los diablos por culpa de las exigencias del guión; una cosa es el trabajo y otra las relaciones personales entre nosotros. Miguel no es un mal chico y yo ciertamente le aprecio aunque en ocasiones llega a disgustarme su burocratismo exagerado.

Miguel me atendió con toda amabilidad, pero se mostró inflexible en su decisión avalada ciertamente por El de Arriba. Hoy, me dijo, nadie creía ya en el infierno, por lo que se me "invitaba" amablemente a retirarme a una cómoda residencia que era, en realidad, nuestro propio y particular cementerio de elefantes. De nada me sirvió protestar arguyendo que la gente seguía creyendo en mí y en mis artes maléficas; lo cierto era (y yo lo sabía, al igual que ellos) que los ritos infernales habían degenerado en unas simples manifestaciones folklóricas mientras que los propios soldados terrenales del Enemigo amenazaban con mi existencia sólo con la boca pequeña convencidos en el fondo de que mi persona era tan sólo un espantajo válido únicamente para asustar a los niños.

En cuanto a mi sección, ésta iba a ser suprimida del organigrama siendo mis subordinados (bien pocos ya, por cierto) trasladados a los infiernos de otras religiones que, por ahora, continuaban manteniendo su vigencia. Nada tenía pues que hacer salvo recoger mis objetos personales y dirigirme al club de jubilados, donde ya me aguardaban y me habían reservado una plaza.

Huelga decir que me retiré de allí sumido en la más negra de las depresiones. Tras de tantos milenios de trabajo abnegado y reconocido por todos mis superiores, despedirme de esta manera era la mayor infamia que me podían hacer. Pero

no me quedaba otra solución que la de acatar las órdenes, por lo que me dirigí por última vez a mi despacho y, recogiendo mis escasos recuerdos de toda una vida de dedicación, me marché silencioso para no volver a pisarlo más. Los dos o tres diablos menores que allí se encontraban debían de conocer ya la noticia, puesto que esquivaron mi mirada al tiempo que cuchicheaban entre ellos algo que no pude entender pero que no resultaba demasiado difícil de adivinar. Bien, ellos al menos habían tenido suerte; pero mi carrera estaba ya acabada. En aquel instante los odié.

Puesto que nada ganaba con retrasar la partida me encaminé directamente hacia la residencia de jubilados. Se trataba de un vasto recinto de aspecto aséptico, no precisamente deprimente pero tampoco demasiado alentador. Bien, por supuesto que no era un edificio, no podía serlo puesto que nada material existe en nuestro mundo; pero sin duda podría equipararse a uno de esos fríos y funcionales edificios en los que ustedes los mortales acostumbran a aparcar a sus viejos con el pretexto de que allí estarán mejor tratados. Un gueto, en definitiva, donde arrinconar a todos aquellos que ya no éramos útiles.

Para sorpresa mía, yo no era el único recién llegado allí. En recepción me encontré con otros dos jubilados, un dios tribal de un valle de Nueva Guinea sustituido en la fe de sus adoradores por el culto a la Coca-Cola, y un antiguo mártir de tiempos del emperador Decio que, patrono secular de un pueblecito soriano, había visto fallecer recientemente al último de los lugareños de la aldea sometida a su protección.

Es fácil imaginar que los tres comenzáramos a relatarnos nuestras respectivas y similares cuitas sin que la disparidad aparente de nuestros orígenes lograra triunfar sobre la desgracia común que a todos nosotros afligía. A poco, vino a recibirnos el viejo Caronte ahora encargado de la portería de la residencia una vez que la ancestral laguna Estigia dejó de tener el menor significado para la humanidad que otrora la reverenciara.

Como yo suponía, los tres éramos esperados. Rápidamente se nos asignaron nuestras respectivas habitaciones (es un decir) y, una vez avisados de la rutina del lugar, fuimos invitados a pasar a las salas comunes donde podríamos trabar relación con el resto de los residentes. Se buscaba, claramente, que dejáramos detrás de nosotros por

otro lado lógica depresión integrándonos en la vida del colectivo... Un colectivo, por cierto, francamente numeroso como producto que era de la veleidad de unos seres humanos incapaces de no creer en nada pero gustosos de abandonar una y otra vez a los que antaño fueran sus antiguos dioses.

Allí estaba el panteón grecorromano en pleno a excepción de la grácil Iris, que había sido reconvertida como ya comenté, pasando a ocupar la jefatura del servicio de correos interno que funcionaba en nuestra administración. Flemáticos y educados a excepción de algunas ovejas negras tales como el incorregible Baco, los dioses y héroes olímpicos contrastaban fuertemente con sus rudos y groseros colegas germánicos empeñados al parecer en una interminable orgía. También se veían por allí los antiguos y olvidados dioses de las primeras civilizaciones mediterráneas desde hace milenios extinguidas, dioses que en su día fueron reverenciados por asirios, babilonios, hititas o fenicios y que hoy daban la más patética imagen del abandono. Los egipcios, hieráticos y discretos, mostraban por su parte la prestancia de los aristócratas venidos a menos al tiempo que comentaban entre ellos los ya desaparecidos días felices.

La nota de color y exotismo la daban los dioses precolombinos y africanos así como los para mí desconocidos dioses ancestrales de las culturas prehistóricas, mientras que la aportación de los países asiáticos y orientales era más bien escasa a causa, sin duda, del mayor apego a la tradición de estos pueblos. Todos sin excepción nos acogieron con hospitalidad y simpatía pero, aunque nos afirmaban que en ese lugar se vivía bien, no dejaba por ello de traslucir en su mirada una remota añoranza de los privilegios perdidos. Porque, en definitiva, en este lugar se tenía de todo menos alegría.

Pasó el tiempo. Poco a poco me iba habituando a mi nueva situación, aunque me resultaba de todo punto imposible evitar los recuerdos de cuando yo era temido y poderoso. Rápidamente había hecho migas con gran parte de mis compañeros, en especial con los educados y sofisticados griegos muy superiores en todo a las deidades de otras civilizaciones inferiores, pero entre todos ellos era con Hades-Plutón con quien más me relacionaba, sin duda debido a la similitud de nuestros antiguos quehaceres, y era también a

él a quien solía confiar mis frecuentes lamentos sobre el paraíso perdido.

—¿Por qué no solicitas una reválida? —me dijo un día en el que yo me había mostrado especialmente llorón— En todo caso, nada tendrías que perder.

—¿Reválida? —le pregunté extrañado—. No sabía que existiera esa posibilidad.

—Bien, la verdad es que no lo dan demasiada publicidad; ya sabes cómo son por allá arriba —me respondió visiblemente turbado—. Tanto es así, que desde el triunfo del cristianismo es un recurso al que se ha apelado en muy contadas ocasiones. Pero que yo sepa, esta disposición no se ha derogado aún, por lo que continúa vigente por mucho que no les agrade a los chupatintas de la Sección Central de Personal.

—Y yo, ¿podría?... —exclamé sintiendo que una emoción me embargaba el cuerpo.

—Sí, por supuesto; nunca podrían negártelo. Y que triunfaras o no en el empeño, eso sería ya una cuestión exclusivamente tuya.

—¿Qué hay que hacer?

—¡Oh, es fácil! Bastará con que hables con el administrador que, precisamente, es mi buen amigo Ulises. Se trata de alguien sumamente versado tanto en leyes como en trapacerías legales, y sin duda te sabrá orientar convenientemente.

—Una última pregunta. ¿Por qué vosotros no lo habéis intentado?

—Lo intentamos, amigo, lo intentamos —sonrió tristemente el buen Plutón— ¿O es que no recuerdas que nuestra lucha contra el cristianismo fue feroz durante los últimos años del imperio romano? Pero perdimos, y hoy en día sería absurdo pretender que los hombres volvieran a adorarnos. Tú, sin embargo, lo tienes mucho más fácil; y espero, sinceramente, que tengas suerte en tu empeño.

Plutón tenía razón. No me podían negar mi derecho, ni tampoco intentaron hacerlo. Pero nada impedía que me lo pusieran difícil, y a fe mía que lo hicieron a conciencia. Resumiendo, les diré que las condiciones que me impusieron fueron las siguientes: Debía trasladarme físicamente a la Tierra (bueno, todo lo físicamente que pueda hacerlo un espíritu inmaterial como yo) y en un plazo de tiempo determinado e improrrogable tendría que conseguir crear un núcleo de adoradores capaz de perpetuarse en el

tiempo... Porque quedaba bien entendido que, de no conseguirlo o bien a causa de la extinción posterior de mi secta, iría a parar de nuevo de cabeza a la acogedora residencia que ya conocía.

Si todo se hubiera quedado tan sólo en estas cortapisas por lo demás bastante lógicas, no me habría resultado nada difícil lograr mis objetivos. Pero, ¡ay!, mis enemigos eran mucho más pérfidos y sutiles y urdieron una felonía capaz por sí sola de hundir todas mis esperanzas condenándome de una manera prácticamente irreversible al fracaso: Se me prohibía terminantemente recurrir a mis poderes sobrenaturales viéndome obligado a encarnarme en una envoltura mortal desde la cual debería intentar convencer a los humanos con los recursos propios (y, huelga decirlo, harto limitados) de los mismos. Dicho con otras palabras, tendría que pasar por uno de ellos sin poder desvelar en ningún momento mi verdadera naturaleza. Lo demás, (¡vaya ironía!) corría exclusivamente de mi cuenta.

La suerte ya estaba echada, y no podía decirse que hubiera sido precisamente benigna conmigo. Pero, puesto que nada conseguía lamentándome, me apresté a intentar lo imposible confiando en la remota posibilidad que aún me quedaba de poder llegar felizmente a puerto. El problema, y no precisamente pequeño, estribaba en mi falta de práctica en corromper las almas de los humanos, cosa por otro lado fácil de esperar al haber pasado ya mucho tiempo desde que decidiera dejar de ocuparme personalmente de estos temas a la par que delegaba esta responsabilidad en mis subordinados; necesitaba, pues, un período de entrenamiento que me permitiera recuperar mis anquilosadas facultades, y a ello me entregué con ahínco como primera y necesaria fase de mi personal y doloroso avatar.

Y así, recordando uno de los trucos que tradicionalmente me diera mejores resultados, decidí recurrir a las trasnochadas teorías del buen chiflado de san Jerónimo buscando la fácil estimulación de la lujuria humana. Pero, puesto que hasta la utilización de súcubos me había sido vedada, me tuve que ver sometido a la humillación de soportar ¡en persona! la repugnante lascivia de unos sacos de instintos que poco más tenían de seres racionales que estrictamente su propio nombre.

Me resultó extremadamente fácil

corromper a los pocos que, previamente, no lo habían hecho ya por sus propios medios; pero esto no era suficiente ya que no bastaba con apartarlos de la senda de la virtud sino que precisaba además que se convirtieran en adoradores convencidos del Mal con mayúsculas. Y ahí, justo es decirlo, fracasé estrepitosamente a causa del acendrado materialismo que en el transcurso de los siglos había arraigado en la coriácea alma de los acomodaticios humanos.

En contra de todo lo afirmado secularmente por los representantes del Otro Lado en la Tierra, para servir al Mal y al igual que para adorar al Bien es preciso renunciar por completo a los placeres materiales comprometiéndote a seguir en todo momento un camino largo y penoso que, en el caso que nos ocupa, conduce a la perfección de la Extrema Maldad. Y, si algo estaba meridianamente claro, era que ninguno de los hombres con los que tuve ocasión de tratar tenía el más mínimo interés en renunciar a sus muelles placeres terrenales.

Puesto que ningún resultado práctico había podido conseguir con los varones, decidí adoptar forma de incubo y probar suerte con las mujeres, mucho más dadas que ellos (o al menos eso creía yo ingenuamente) a las cuestiones espirituales... Y mi sorpresa, para que negarlo, fue mayúscula. Mucho habían cambiado realmente las cosas desde la última vez que me había dejado caer por aquí, y mucho tendría yo que adaptarme a los nuevos vientos que soplaban por el viejo solar de la humanidad si no quería verme abocado al más espantoso de los fracasos.

Resolví, pues, ceñirme a la nueva situación que se vivía en el planeta y, tras estudiar minuciosamente los vicios principales de esta degenerada y materialista humanidad, me dediqué con ahínco a la dura tarea de crear prosélitos. Durante un tiempo largo para los criterios humanos pero breve para un inmortal como yo, trafiqué con armas, estimulé el consumo de drogas, originé varios escándalos financieros y tomé parte activa en un buen puñado de conflictos bélicos más o menos sangrientos. Corrompí gobiernos, arruiné vidas, hundí en la miseria a ricos y elevé al poder a los más abyectos representantes de la estirpe humana... Y todo ello sin recurrir a mis artes diabólicas, simplemente comportándome como un humano más aunque, eso sí, disponiendo de toda mi astucia infernal.

Mi labor fue sin duda brillante, pero resultó completamente inútil de cara a los objetivos que me había marcado. Y es que, aunque conseguí formar un enorme número de degenerados, no por eso pude crear ni un solo virtuoso del mal que era, en definitiva, lo que yo buscaba. Una vez más se confirmaban mis sospechas respecto a la verdadera naturaleza de la humanidad, ni buena ni mala sino sencillamente repugnante. Así, señores, no podía hacer absolutamente nada.

Lo reconozco, estuve a punto de tirar la toalla. Prefería estar en el cómodo olvido del asilo antes que seguir desesperándome con tan estúpidos individuos. Sin embargo, antes de adoptar tan drástica decisión resolví realizar el esfuerzo postrero razón por la cual, queridos lectores, me estoy dirigiendo en estos momentos a ustedes. La idea era atrevida, y bordeaba peligrosamente las limitaciones impuestas a mi labor. Por ello, no me atreví a ponerla en práctica sin consultar antes con mis censores, los cuales acabaron accediendo a regañadientes no sin insistir una y otra vez en su amenaza de descalificarme si rebasaba en un solo ápice aquello que me era vedado.

Mi iniciativa era audaz, pero de triunfar en el empeño alcanzaría no sólo la rehabilitación sino también la gloria. Mi planteamiento era el siguiente: Si el hijo del Jefe había descendido a la tierra para crear el germen de una de las religiones mayoritarias del planeta, ¿por qué no podía hacer yo lo mismo revelando mi identidad aunque sin abandonar mi envoltura carnal? Él había realizado milagros, yo renunciaba a hacerlos confiando exclusivamente en mi poder de convicción.

Una vez aceptada mi propuesta con las cortapisas anteriormente reseñadas, me puse inmediatamente manos a la obra intentando imitar la labor de este gran pastor adaptándola a las

circunstancias actuales. Él había predicado en una de las más remotas y atrasadas regiones del planeta, yo por el contrario tenía que dirigirme a una sociedad tecnificada y decadente tan amante de la buena vida como enemiga de los sacrificios. Y, si esto me planteaba ciertos inconvenientes de importancia, también me facilitaba mi labor al poder disponer de los sofisticados medios de comunicación existentes en la misma. Pero, ¡ay!, no es tan fácil llegar al director de una emisora de televisión o de un gran periódico y decirle: "Oiga, soy el Diablo y quería disponer de un espacio para poder exponer mis ideas a sus espectadores /lectores". No, no resultaba porque la gente, por mucho que me avergüence decirlo, ya no cree efectivamente en mí.

Tan sólo me quedaba una salida en la literatura, y concretamente en la literatura de ficción. Aquí sí que se admiten todo tipo de ideas por muy reñidas que estén con la presunta razón, pero hay que contar también con la servidumbre de la falta de verosimilitud con la que la gente acoge este tipo de obras. Y, puesto que no tenía otra elección, opté por escribir este relato y presentárselo a un editor de literatura fantástica con la esperanza de verlo al fin publicado. Pero le aseguro, amigo lector, que lo que tiene en estos momentos en sus manos es un relato verídico escrito por el Príncipe de las Tinieblas en un desesperado intento de restablecer su maltrecha reputación. No confío en que mi llamada sea atendida más que por un limitado número de verdaderos creyentes, y a éstos mis adoradores les garantizo una vida plena de satisfacciones (entiéndase, espirituales y no materiales) siempre y cuando se consagren en la búsqueda de la Suprema Maldad.

Os espero, hijos míos, con los brazos abiertos y el corazón inflamado de amor paternal. Buscadme y me encontraréis: Os lo aseguro.

Mitología Nórdica

Por Tor Âge Bringsværd

En el principio érase el frío y el calor

La ruta del Norte –Norway, Norwegen, Noruega– siempre se ha considerado difícil de encontrar, ardua de recorrer y llena de peligros indecibles. Para los escritores de la Antigüedad, era Noruega un país de fábula, una tierra mítica –Ultima Thule– habitada por bárbaros salvajes y poblada por seres extraños y fantásticos.

En el siglo IV a.C., el griego Piteas describe un lugar donde, aparentemente, no rigen las leyes de la Naturaleza, y la tierra y el aire se juntan y todo parece flotar alrededor, libremente. El famoso historiador Herodoto se lamentaba de que era poco menos que imposible contar algo sobre los países nórdicos porque, simplemente, allí no se podía ver un palmo delante de la nariz, debido a las blancas plumas que constantemente soplaban en el rostro de la gente: El aire está plagado de tales plumas –dice Herodoto– y la tierra enteramente cubierta por ellas... Probablemente, esta observación debiera entenderse como un intento, algo desafortunado, de describir un meridional una tormenta de nieve. No obstante, también es verdad que, en Noruega, siempre ha habido nieve y hielo de sobra. Gran parte de nuestro país está situado al norte del Círculo Polar, y aunque los glaciares se retiraron de esas regiones hace muchos milenios, la última glaciación duró más tiempo en Noruega que en la mayoría de otras zonas.

También el paganismo perduró más en el lejano Norte. Mientras que el resto de Europa se había convertido al cristianismo hacía casi un milenio, los noruegos seguían adorando a los antiguos dioses paganos.

Eran llamados vikingos, los hombres del Norte que, hacia el año 1000, asolaban las costas de Europa, sembrando el terror de Londres a París y hasta muy adentro del Mediterráneo; salvajes y despiadados "bárbaros" que no dudaban en saquear iglesias y monasterios... ¿No había nada sagrado para ellos? ¿En qué creían aquellos rubios depredadores?

En este artículo, nos proponemos trazar un bosquejo de la antigua mitología nórdica, basándonos en los Eddas, los grandiosos poemas sobre los dioses paganos compuestos (se desconoce su autor) hace más de mil años y preservados en manuscritos islandeses del siglo XIII.

¿Significan algo para nosotros hoy día, esas antiguas leyendas?

Mitos y cuentos nunca pasan de moda. Porque no se trata sólo de un "érase una vez...", sino que hay una dimensión eterna, universal, que igualmente puede ser un "cada vez" o "siempre". A nuestro modo de ver, la antigua mitología escandinava es, simplemente, uno de los intentos más fascinantes, sugestivos y originales jamás realizado de representar nuestra realidad interna y externa: captar la vida, la existencia humana en palabras e imágenes poéticas.

¿Cómo fue el origen del mundo?

En el principio, érase el Frío y el Calor. A un lado estaba Niflheim, el país de los hielos y de las brumas. A otro, Muspellsheim, un mar de furiosas llamas. Entre ambos no había nada; sólo un vasto abismo sin fondo, Ginnungagap. Allí, en aquel vacío inmenso –flanqueado por luz y tinieblas– yacía el origen de toda vida. Al encontrarse hielo y fuego, la nieve, lentamente, empezó a derretirse y, moldeada por el frío, pero despertando a la vida por el calor, surgió una extraña criatura, un enorme ogro llamado Ymer, el gigante más grande que jamás haya existido.

Conforme el hielo se derretía, las gotas iban configurando otra criatura... con ubres y cuernos: una vaca colosal llamada Audhumla. Daba tanta leche, que el néveo líquido fluía de sus descomunales pezones como ríos caudalosos. Así encontró sustento Ymer. ¿Y Audhumla? La vaca, inmediatamente, empezó a lamer las salobres piedras, cubiertas de escarcha, que yacían alrededor de ella y del gigante. Y entonces sucedió algo extraño. De pronto, de una de las piedras, el enorme rumiante, lamiendo, sacó unos largos mechones de pelo. Al día siguiente, de la misma piedra, surgió una cabeza y un rostro. Y al tercer día, la vaca, finalmente, extrajo con sus lamidos un cuerpo entero... Era un varón, alto y hermoso. Su llamaba Bure, y de él descienden los dioses que llamamos asas.

El gigante Ymer tuvo hijos consigo mismo. Mientras dormía, empezó a sudar y, de pronto, surgieron del sobaco izquierdo una criatura masculina y otra femenina. Y no queriendo ser menos las piernas que los brazos, los pies copularon entre sí y dieron a luz un hijo con seis cabezas. Ése fue el origen de los "gigantes de escarcha", a veces llamados troll u ogros, pero más conocidos como yotes.

Tal vez las diversas criaturas lograran vivir en paz unas con otras durante bastante tiempo. En cualquier caso, tuvieron descendencia común... Odín —que más tarde se convertiría en el dios supremo— era vástago de Bestla, hija de un yote, y de Bor, hijo de Bure. Los yotes, empero, fueron aumentando en número y pronto el lugar se plagaría de esa raza. Entonces, un día, Odín y sus hermanos —Vilje y Ve— se rebelaron contra Ymer y su stirpe. Se entabló una feroz batalla, de la que salieron victoriosos Odín y sus hermanos. Los dioses mataron al gigante, y una ola de sangre se abatió sobre los enemigos de los asas, ahogándolos a todos... a todos menos a dos. De esta pareja de yotes, que huyeron a través de la niebla buscando refugio en el país de las brumas, provienen todas las generaciones posteriores de "gigantes de escarcha"... También Audhumla, la primera vaca, seguramente sería arrastrada por las olas y arrojada al precipicio, puesto que, desde aquel baño de sangre, nadie ha vuelto a saber de ella...

Los asas arrastraron el cadáver de Ymer hasta el centro del inmenso vacío, Ginnungagap, y lo pusieron, a guisa de tapadera, sobre el abismo.

Entonces, sobre el cuerpo sin vida del gigante crearon el mundo. La sangre de Ymer se transformó en mar; su carne, en tierra. Los huesos del coloso se convirtieron en rocas y peñascos. Los dientes y las astillas de hueso roto, en piedras y cantos rodados. El pelo se transformó en árboles y hierba. Los dioses lanzaron al aire el cerebro de Ymer, muy alto, creando las nubes. ¿Y el cielo? El cráneo del gigante fue puesto como una bóveda que cubría todo lo creado. Luego, los dioses tomaron chispas del ardiente Muspellsheim y las colgaron en el firmamento, donde siguen brillando desde entonces; dentro de lo que otrora fuera el cráneo de Ymer... Así se crearon las estrellas.

Del cadáver de Ymer salían arrastrándose pequeños gusanos, que se convirtieron en los primeros enanos, moradores de grutas y cavernas del mundo subterráneo. Los asas eligieron a cuatro de ellos para sostener la bóveda celeste y vigilar los cuatro rincones del universo. Son los enanos llamados Este, Oeste, Norte y Sur.

Así fue como todo lo creado quedó imbuido de sentido y propósito.

¿Cómo se creó la humanidad?

Un día, caminando Odín y sus hermanos por la playa, se encuentran dos troncos de árbol traídos por las olas. Los dioses ponen los troncos de pie y les infunden vida. Odín les dota de respiración y alma. Vilje, de la aptitud de pensar y moverse. Ve, de las facultades de hablar, oír y ver. Los asas les dan calor y color.

Ahora, los troncos ya no son simple madera a la deriva, sino que se han transformado en Hombre y Mujer. Los dioses llaman al Hombre Ask, y a la mujer, Embla. De esta pareja descendemos todos los seres humanos.

¿Cómo empezó el tiempo?

En el principio no existía el tiempo. En cierto modo, todo permanecía extrañamente inmóvil. Pero la ogresa Noche y su hijo Día recibieron de los asas un caballo y un carro cada uno, y fueron puestos en el cielo para que giraran alrededor del mundo todos los días. Noche cabalga delante, en su corcel Rimfakse, que tiene las crines de plata escarchada. El rocío que cae sobre los campos cada mañana son las gotas de espuma que brotan del freno. Tras Noche viene Día, su hijo, que monta un caballo llamado Skinfakse, por sus relucientes crines.

Entonces, los dioses cogen chispas de Muspellsheim y crean el Sol y ponen a la Luna en órbita, dando a uno y otra, para que no caigan, un carro celestial con dos efebos que llevan las riendas de los veloces corceles. Sol y Luna se deslizan vertiginosamente por el firmamento, perseguidos siempre por dos enormes lobos que tratan de morderles los talones, intentando devorarlos. Tal vez lo consigan algún día...

¿Era el mundo redondo?

El mundo era redondo; pero no como una manzana o una pelota. Tenía forma circular... como un disco de madera, delgado y plano, aserrado del extremo de un tronco.

¿Dónde vivían los dioses y los humanos?

En el principio todo era selva y desierto. Pero, cual pioneros, los asas despejaron la tierra, creando espacio para vivir ellos y nosotros, los humanos. A la morada de la humanidad le dieron el nombre de Midgard, porque estaba situada en el centro de universo. En medio de Midgard –para que los seres humanos no se sintieran solos y abandonados– los dioses erigieron una ciudadela para ellos, que llamaron Åsgard, una gigantesca fortaleza rodeada de poderosos muros. A la fortaleza sólo se podía acceder cabalgando por el arco iris: un puente de flameante fuego. Alrededor de Midgard también se levantaron fortificaciones para protegerla de las tenebrosas y terribles fuerzas que reinaban en la tierra salvaje e ignota allende las murallas. Allí, en Utgard y Jotunheimen, moraban los yotes y los troll. Así, pues, el mundo estaba formado como los anillos del tronco de un árbol. Y a su alrededor, por doquier, lamía los bordes el poderoso océano...

¿Pero no había también enanos y elfos?

Sí; también había enanos y elfos. Los enanos solían habitar entre peñas y riscos, a menudo bajo tierra, en lugares escondidos de Midgard y Utgard. Aunque hábiles herreros, no se podía confiar plenamente en ellos... Los elfos, por el contrario, eran amigos de los dioses y de los hombres. Moraban en Alvheim, lugar que algunos creían localizado en el interior de las murallas de Åsgard, y otros, en Midgard. Tan poco sabemos de enanos y elfos... Incluso había quien los creía emparentados entre sí y que debieran llamarse "elfos claros" y "elfos oscuros". En cierta época, hubo otra raza de dioses llamados vanes, distinta de los asas, que moraban en Vanaheim. Pero su fortaleza fue destruida, y ningún mortal sabe ya dónde estaba situada...

¿Tenía centro el mundo?

En medio de Midgard estaba Åsgard, y en medio de Åsgard los dioses plantaron un árbol, un inmenso fresno llamado Yggdrasil. Era el árbol más grande imaginable. Una de sus raíces yacía en Åsgard; otra, en Jotunheimen; y una tercera, en Niflheim; y sus ramas eran tan extensas que abarcaban el mundo entero. Yggdrasil es el centro del universo, y mientras el árbol se mantenga verde y frondoso, seguirá existiendo el mundo.

¿Quién podía adivinar el futuro, quién sabía lo que depararía el destino?

Junto a una fuente de Åsgard vivían las diosas del hado: las tres Nornas Urd, Verdande y Skuld. Las Nornas

conocían el destino de todos los seres vivientes y sabían lo que la suerte le depararía a cada uno y a todo lo creado. Se dice que había también nornas entre los elfos y los enanos. Esa clase de adivina era llamada volve, que significa "portadora de bastón". El bastón era el símbolo de su poder sobrenatural. Cuando entraba en trance, la volve podía ponerse en contacto con el mundo espiritual, y conocía muchos y poderosos hechizos mágicos (galdrer).

¿Qué dioses eran los principales?

Odín era el dios supremo. Dios de la sabiduría y de la magia, reinaba sobre los demás asas. Su día es el miércoles (onsdag), mientras que el viernes (fredag) lleva el nombre de su esposa Friga. El corcel de Odín, Sleipner, tenía ocho patas. Odín poseía también dos cuervos (Hugin y Munin), que salían a volar por el mundo cada mañana para observar y escuchar, regresando por la tarde para dar cuenta al dios de todo lo que habían visto. La lanza de Odín, Gungne, nunca fallaba el blanco. De su anillo, Draupne, goteaban, cada nueve noches, otros ocho anillos de igual magnificencia. Odín tenía un solo ojo; de joven, había dejado el otro en prenda al gigante Mime a cambio del derecho a beber del delicioso manantial de la sabiduría, que guardaba el gigante. (Más tarde, Mime sería degollado, pero Odín halló el cráneo sangrante del coloso y lo ungió con hierbas curativas. Al instante se abrieron los ojos y la boca pudo articular palabras de nuevo. Desde entonces, la cabeza de Mime ha sido uno de los mejores consejeros de Odín...)

Después de Odín, el dios más poderoso era su hijo Tor. Su día es el jueves (torsdag). Fuerte e impetuoso, siempre está dispuesto a plantar batalla a los yotes y troll. Aun cuando Tyr (tirsdag, martes) tal vez sería algo más valiente, nadie en el mundo entero eran tan fuerte como Tor. Y su martillo tonante, Mjolnir, era el arma más peligrosa en los cielos y en la tierra. Tor podía reducir o aumentar su tamaño a su antojo, y cuando lo lanzaba, siempre daba en el blanco y retornaba a sus manos. Adondequiera que fuese, su carro era tirado por dos machos cabríos –Tanngjost y Tannggrisne– en lugar de caballos. Los machos cabríos podían ser sacrificados al atardecer y, sin embargo, resucitar a la mañana siguiente, si se tenía cuidado de no romper ningún hueso al comer la carne, y si se recogían todos los huesos y se metían en la piel del animal. El trueno era el sonido que hacía el carro de Tor cuando rodaba por el cielo.

Siv se llamaba la esposa de Tor. Sus cabellos eran de oro puro y, de todas las diosas, únicamente Freia –la diosa del amor– era más bella. Freia era también quien enseñaba a los asas el arte de la brujería. Poseía un manto mágico de plumas, con el que podía transformarse en un halcón cuando lo deseaba, y montaba un carro tirado por un tropel de gatos. Aunque todos se dirigían a Freia para pedir ayuda o consuelo en asuntos del corazón, la diosa era incapaz de curar sus propias y eternas penas de amor. Su esposo la había abandonado (nadie sabía su paradero). A menudo, Freia lloraba su pérdida amargamente, y sus lágrimas eran del oro más puro... El hermano de Freia era Frei, que significa "Señor" o "El Primero". Frei era el dios de la fertilidad. En realidad, él y Freia descendían de los vanes (la raza de dioses con que combatieron los asas por el dominio del mundo al principio del tiempo). Originariamente, Frei y Freia habían sido rehenes de los asas, junto con su anciano padre. Frei poseía un jabalí mágico, llamado Cerdas Doradas, que podía correr tan deprisa por tierra como por mar y aire... También era dueño de la nave mágica Skidbladner, cuyas velas hinchaba siempre un viento favorable y que podía plegarse como un mantel y guardarse en el bolsillo cuando no se usaba. Los dioses de Åsgard poseían otros tesoros preciosos, pero el más excelso de todos eran las manzanas mágicas que guardaba la diosa Idunn, las manzanas de la juventud, de las que los dioses tenían que tomar un bocado de vez en cuando para no desmedrar y envejecer.

Odín tenía muchos hijos varones. Mencionarlos a todos sería poco menos que imposible, pero no podemos eludir a Heimdall. ¿Quién podría? Heimdall había nacido milagrosamente de nueve jóvenes ogresas en los albores del tiempo, y era el guardián de los dioses. Vivía cerca de Himmelberget y vigilaba el puente del arco iris, Bifrost. Heimdall necesitaba menos sueño que un pájaro, y era capaz de ver tan claro por la noche como por el día y de oír crecer la hierba. El día final del mundo, tocaría su trompa Gjallarhorn para llamar a los dioses a las armas en la última gran batalla contra los ogros y los poderes de las tinieblas.

Balder era hijo de Odín y Friga, famoso por su afabilidad, gentileza e inteligencia. Balder sufría pesadillas y tenía miedo de morir, pero su madre –la más poderosa de las diosas de Ásgard– hizo jurar a todos y a todo que nadie jamás le haría daño. Los dioses se divertían disparando sus armas sobre Balder, pues éste ya no podía ser muerto o herido. Friga, empero, olvidó preguntar al muérdago, que consideraba demasiado pequeño e insignificante. El intrigante y artero Loki se enteró de ello e indujo al ciego Hodur a matar a Balder con una flecha hecha de ese arbusto. Entonces los dioses enviaron un jinete a Helheim, la Morada de los Muertos, a pedir el retorno de Balder. Hel, la reina de Helheim replicó que Balder resucitaría si el mundo entero lloraba su destino. Y todos y todo - aun las piedras y los árboles - siguen intentando con sus lágrimas (en vano) que resucite el dios muerto.

¿Quiénes son los enemigos de los dioses y de los humanos?

Aunque a veces conocidos como ogros o "troll", solían ser llamados yotes. Aquellos gigantes habitaban en las soledades y los escabrosos montes de Utgard y Jotunheim. A menudo hombrones enormes y poderosos, eran las fuerzas del caos. El único asa que podía hacerles frente en una lucha cuerpo a cuerpo era Tor, dios del trueno. Los yotes poseían poderes mágicos incomparables. En una ocasión, por ejemplo, hicieron un enorme gigante de barro y le pusieron el nombre de Mokkurkalve. Era un ser artificial de aspecto aterrador, de noventa kilómetros de alto y treinta de busto... Las ogresas cabalgaban sobre lobos, usando víboras de bridas. Aunque podían ser terriblemente feas, algunas incluso monstruosas, también podían ser increíblemente bellas... tanto que incluso Odín, en más de una ocasión, se dejó seducir en fogosos lances amorosos.

¿Eran Loki y sus hijos aún más peligrosos?

Artero, malévolo e intrigante, Loki era originalmente un yote, pero, a temprana edad, mezcló su sangre con la Odín y, por ende, fue aceptado como un asa.

Loki era un bromista y acabó mal. Traicionó a los asas y causó la muerte de Balder. Como castigo por este acto nefando, fue encadenado bajo una serpiente que goteaba un veneno letal y corrosivo sobre su rostro. Pero su fiel esposa, Sigyn, permaneció pacientemente a su lado sosteniendo un cuenco grande para recoger la sustancia ponzoñosa. Mas de vez en cuando, tenía que volverse para vaciar el cuenco, y entonces el veneno caía en la faz de Loki, haciéndole retorcerse con tanta violencia, que el mundo entero se estremecía. Esto es lo que se llama terremoto. Loki tenía hijos en Ásgard y también otros descendientes más extraños. Con la ogresa Angerboda fue padre del Lobo Fenris, de la Serpiente Midgard y de Hel; y con el semental Svadilfare fue madre del caballo Sleipner.

El Lobo Fenris era una bestia verdaderamente monstruosa. Se crió en Ásgard, pero adquirió un tamaño tan descomunal y se volvió tan fiero y peligroso, que sólo el dios Tyr osaba alimentarlo. Los asas hicieron que los enanos forjaran una cadena irrompible, Gleipnir, hecha del sonido de los pasos de un gato, la barba de una mujer, las raíces de una roca, los tendones de un oso, el hálito de un pez y la saliva de un pájaro. (De ahí que los pasos de un gato no hagan ruido, las mujeres no tengan barba, etc.) Con gran astucia, lograron encadenar al lobo tan fuertemente que apenas podía moverse, y le metieron una espada en la boca, de suerte que siempre estaba con la fauces abiertas, incapaz de morder. Sólo cuando acabe el mundo, podrá liberarse finalmente de sus cadenas...

El segundo vástago de Loki y de la yote Angerboda era una serpiente. Los dioses la arrojaron al mar, donde, con el tiempo, creció de forma tan increíble que la llamaron Serpiente Midgard, porque circundaba la tierra entera mordiendo la cola con la boca.

Ello no obstante, tal vez fuese el último de los tres retoños de Loki y Angerboda quien causara más aflicciones a los dioses y al género humano. Era una doncella monstruosa, medio blanca y medio negra

azulada. Fue expulsada de Ásgard y se afincó muy al norte, donde creó el reino de los muertos, un mundo subterráneo, gris, frío y húmedo, llamado Hel, como ella. Todo aquel que moría de enfermedad o senectud iba a parar a Hel, donde llevaba una existencia triste y sombría. La propia reina de los muertos parecía un cadáver, y todo lo que poseía tenía nombres que recordaban la fría "vida" de la tumba. En tiempos pasados, cuando la gente sentía la presencia de fantasmas, se decía que "la Puerta de Hel está abierta". El día de la Gran Batalla Final, Hel y su ejército de muertos combatirán contra los dioses.



¿Se podía ir a parar a otros lugares después de morir?

Al morir, los que habían combatido valerosamente en el campo de batalla iban con Odín o Freia. El dios supremo mandaba a las valkirias, en sus cotas de malla, a recoger a los héroes caídos en combate. Las valkirias iban armadas y podían cabalgar por los aires. En Ásgard los muertos eran divididos entre Odín y Freia. La mitad vivía con Odín en el Valhala ("val" significa campo de batalla), y la otra mitad con Freia en Folkvang (en este contexto, "folk" significa hombres en orden de batalla).

Mientras que se sabe poco de la vida en Folkvang, existen numerosas descripciones del Valhala. En el baluarte fuera de aquel enorme "cuartel", se permitía a los héroes combatir cuanto querían durante todo el día, y no importaba que perdieran un brazo o dos, pues, al atardecer, se levantaban del campo de batalla sin un rasguño. Como amigos del alma, los guerreros entraban en la vasta sala del banquete, donde hermosas valkirias servían hidromiel y carne de cerdo cocida. El cerdo que comían, Sæhrimnir, era un animal extraordinario: Cada día era sacrificado y devorado, pero, al llegar el alba, resucitaba.

El último día del mundo, Odín capitaneará a los dioses y a los héroes muertos en la gran batalla final contra los yotes y los poderes de las tinieblas. El propio Odín luchará contra el lobo Fenris y será devorado por el monstruo. Así dice la profecía.

¿Pueden morir los dioses?

Sí; pueden morir.

¿Cómo acabará el mundo?

Según se vaya acercando el fin, habrá escasez y discordias. Esa fase final se llama Ragnarok, que significa

"el crepúsculo de los dioses". Los hermanos se matarán entre sí y los hijos no perdonarán a sus propios padres. Luego vendrán tres años seguidos de invierno, Fimbul, después de los cuales lobos celestes devorarán el sol y la luna. Se desmoronarán las montañas y todos los vínculos se romperán. El Lobo Fenris quedará en libertad, al fin, y correrá por el mundo con las fauces abiertas, arrastrando por tierra la quijada inferior y tocando las nubes con la inferior. Sus ojos arderán con un fuego extraño y sus narices arrojarán llamas. También Loki será liberado y enjarcará un navío fantasmal, Naglfar, hecho de uñas de hombres muertos. Con su andrajoso velamen y una tripulación de cadáveres putrescentes, zarpará del reino de los muertos que rige su hija Hel...Y la Serpiente Midgard se echará a tierra, rodando por campos y prados. En el sur se hendirán los cielos en pedazos. Del país del más allá –Muspellsheim, la aterradora e ignota tierra del fuego que existía mucho antes de que Odín y sus hermanos crearan el mundo– vendrá una inmensa multitud de jinetes en brillantes vestiduras, armados con espadas flamígeras. Ante el ataque del enorme ejército, todo empezará a arder y el gran puente del arco iris se derrumbará bajo su peso. La sangrienta y decisiva batalla final se librará en un lugar llamado el Llano de Vigrid (de mil kilómetros de ancho y mil de largo). Odín será devorado por el Lobo Fenris. Tor y la Serpiente Midgard se matarán mutuamente, al igual que Heimdall y Loki. El orbe entero se consumirá en llamas. Hasta Yggdrasil – el gran árbol del mundo – será abrasado por el fuego. Cuando se extingan las llamas, el mundo quedará reducido a cenizas humeantes. Sus restos chamuscados se sumergirán en el mar, desapareciendo...

¿Será el fin?

No. Del mar emergerá una tierra nueva, verde y hermosa. Exuberante como un sueño. Con campos que se siembran solos. Y sobreabundancia de peces y de caza. Ya nadie pasará hambre ni padecerá frío... ¡Y fijaos! El sol ha dado a luz una hija. Todo mal se ha terminado. La tierra ha quedado limpia. ¡Una nueva vida puede empezar! Ásgard no existe ya. No queda ni una sola piedra de la antigua fortaleza de los dioses. Sin embargo, será allí donde regresen, los asas supervivientes de la gran batalla final...

¿Sobrevivirá alguien, pues?

Los afortunados, los que heredarán la tierra.

¿Habrá mortales entre ellos?

Solamente un hombre y una mujer sobrevivirán. Sus nombres son Liv y Livtrase. Ambos buscaron refugio en un lugar llamado el Boscaje de Hoddmime, escapando así de la conflagración. Y el mar los devolvió con vida. Durante mucho tiempo, el rocío de la mañana fue su único alimento. De esa pareja nacerá una nueva raza humana.

Entonces, ¿hay esperanza?

De acuerdo con los mitos, siempre habrá esperanza.

El autor del artículo, Tor Åge Bringsværd (1939-), ha sido galardonado por su obra narrativa y dramática. Escribe para niños y adultos. Sus libros han sido traducidos a quince idiomas, y sus obras de teatro se han representado en trece países.

Este artículo ha sido publicado previamente en Odin, la página web del Ministerio de Asuntos Exteriores Noruego.

Últimas Palabras

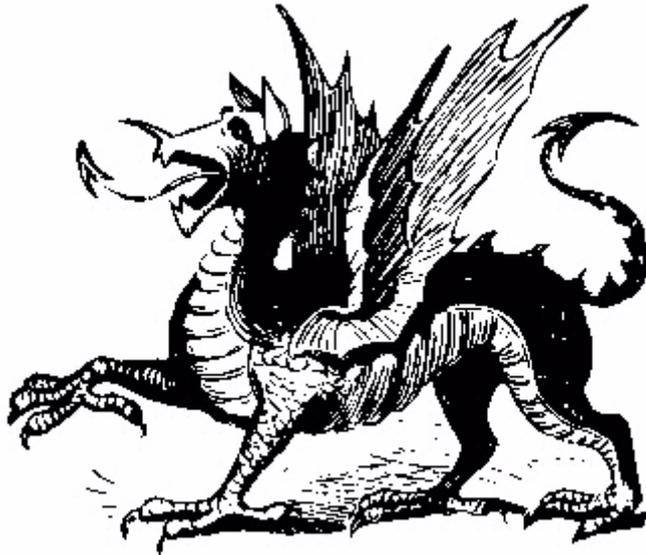
Por Luis Valero de Bernabé Márquez de la Plata

Las puertas de oro se abrieron con lenta parsimonia. El muy noble caballero Sir Leoric entró en el salón del trono con la bella princesa en sus brazos. El delicado rostro de la muchacha mostraba el cansancio del largo viaje. La larga cabellera oscura del paladín cubría unos profundos ojos verdes hundidos por el dolor. El anciano monarca se levantó del engalanado trono y salió corriendo a abrazar a su querida princesita. El caballero ayudó cuidadosamente a la doncella a erguirse y padre e hija se fundieron en un cálido abrazo.

–Mataste al dragón y liberaste a mi hija. Como te prometí, su mano es tuya–la voz del monarca vibraba de rabia contra la bestia–. Dime, antes de matarle, ¿obligaste al monstruo a disculparse?

Al paladín se le hizo un nudo en la garganta antes de responder.

–Sí, pero sólo dijo: “No me mates, caballero, pues yo también la quiero con toda mi alma”.



La Puerta Etrusca (VIII)

Por Jorge R. Ogdon

41.

Luego de exhalar un casi inaudible

–¿Su... cocinera?

Julio permaneció absorto, contemplando la radiante luminiscencia que emanaba del gran horno que se encontraba detrás de la señora Delia, pero cuya luz podía ver cual si la anciana fuera transparente. ¿O es que el incandescente brillo, en realidad, procedía de ella misma? Sacudió su cabeza, con un gesto bobalicon impreso en el rostro y los ojos abiertos, al punto de parecer que se le saldrían de las órbitas.

–Pero sí, *Signore Conde*, soy vieja,... ¿le sorprende? Acá en estas colinas la gente llega a vivir bastante, ¿sabe?... A veces, demasiado –le dijo la mujer como si hablara del clima.

–Realmente,... no me imaginaba que fuera... centenaria, señora –atinó a contestarle Julio, todavía anonadado.

–Ji, ji, ji... No es usted nada galante, *Signore Conde*. Pero en mi caso, es comprensible. Usted debe tener ojos para las señoritas jóvenes, con lo guapo que es –continuó Delia sin inmutarse, riendo con suave trino y entrecerrando sus ojos ladinamente como si fuera un mochuelo.

–Bueno, en realidad, yo... Volvamos a lo que le pregunté antes, señora Delia –respondió Julio, buscando retomar el hilo de su inquisición, sin saber cómo esconder el rubor que arrebolaba sus mejillas.

–Ah, el conde Bruno,... sí,... Una persona muy especial. Supo hacerse famoso en la región, ya debe usted saberlo, ¿no es así?... Mmm, no sé qué quiere saber de él porque su vida era muy activa y desplegó mucha energía en estos campos haciendo de todo. Era un hombre leído, un gran conocedor de la historia de estas tierras,... sí,... un gran conocedor –siguió diciendo la anciana con voz vaga y sin fijarse en sus mejillas ruborizadas.

–Eso tengo entendido, en efecto. Y que incluso descubrió unas tumbas etruscas en estos terrenos. Le he pedido al doctor Duval que me lleve a conocerlas más tarde.

–Mmm... ¿Y para qué quiere ir a ver los viejos *tumuli*? Allí ya no queda nada. Ruinas, nada más, *tutti pentuna papacs*... todas piedras viejas, bah. El conde Bruno los excavó con sus amigos y sacó todo lo que encontró,... sí,... todo lo que encontró –concluyó con un susurro grave que escapó lánguidamente de sus labios rechupados por la edad.

–De todos modos, me interesaría verlos. Soy curioso, ¿sabe, señora Delia? Nunca vi uno en mi vida entera. Estoy seguro que usted debe saber mucho acerca del conde Bruno y los sucesos que tuvieron lugar en la villa, ¿me equivoco?

–No, no se equivoca, *Signore Conde*, pero,... ¿le parece que es el momento adecuado para hablar de eso? No arruine la cocina de una vieja y algo chocha cocinera, *Signore Conde*, por favor... Le prometo que le contaré todo lo que quiera saber, pero en otro momento, no ahora que estoy cocinando. Mi cabeza ya no es lo que era antes y no puedo concentrarme en dos cosas tan diferentes al mismo tiempo, ¿*capice*, *Signore Conde*?

–Sí, señora Delia, comprendo. Es que estoy tan ansioso por saber todo lo que ha pasado en sus días que,... bueno, eso, que quisiera saber todo ya mismo.

–Mmm, eso mismo decía el conde Bruno,... sí,... que quería saberlo todo, y por eso... Bueno, ya le contaré en otro momento, ahora, las ollas requieren mi atención, *Signore Conde*, los hombres van a venir de la campiña con un gran apetito, como siempre –dijo Delia en forma terminante, acompañando sus palabras finales con una sonrisa que no daba pie a contrariarla.

No bien terminaba de hablar, Julio oyó unas pisadas que venían bajando precipitadamente por la escalera y, volteando la cabeza, vio aparecer a Lumbró en estado de gran agitación, que empuñaba, en una mano, una anticuada escopeta montañesa y, en la otra, dos conejos cogidos por las orejas, cuyos cuerpos se balanceaban dejando caer gotas de sangre en un reguero que descendía los escalones acompañando

al cazador. Al ver a Julio, se detuvo en seco, con el talante sorprendido y como si fuera a huir corriendo, para inmediatamente hacer una torpe reverencia y decir con voz ronca:

–*Signore Conde!* Disculpe la intromisión... Oh... lo siento, lo siento, yo... no sabía,...

–Está bien, Lumbro, no hay por qué disculparse,... Ya estaba terminando mi conversación aquí. Pasa, pasa, haz lo que tengas que hacer... ¿Esos pobres animalitos serán nuestro almuerzo? –le alentó Julio, mientras miraba con cierta repugnancia los cadáveres sanguinolentos que seguían salpicando el piso con su fluido vital, formando charcos cuyos bordes se iban ensanchando rápidamente.

–*Grazie, tante grazie, Signore Conde* –se deshizo Lumbro en reverencias–. Ah, estos conejos son sólo algunos más de los que estoy sumando a las reservas. Es la temporada –continuó, esbozando la sonrisa franca de un cazador satisfecho, al tiempo que sacudía las presas, arrojando gotas de sangre a diestra y siniestra.

–Señora Delia, vuelva a sus ocupaciones y hágame saber por Vípero o alguna de las chicas cuando pueda sentarse conmigo a conversar un rato... largo, ¿*capice, signora?* –dijo Julio mirando fijamente a los pequeños y huidizos ojos de la anciana cocinera, a fin de no contemplar el sangriento espectáculo.

Todavía no podía decir de qué color eran,... ni qué intenciones realmente escondía la señora Delia detrás de su apariencia de indefensa y amable *nonna*, la que, no sabía todavía bien por qué, no terminaba de convencerle. Tan evasiva..., en una forma extraña. Le asaltó la idea de que debía vigilarla, saber más sobre ella, antes de retomar la prometida conversación. “En el diario del conde, claro, ¿dónde más?”.

–Oh, pero claro que sí, *Signore Conde*,... más ahora que le he visto en persona y ha resultado ser un digno descendiente de la familia Scarlatti... –viendo la cara de interrogación que ponía Julio, la señora Delia agregó–. Me refiero a sus rasgos, tan finos, tan distinguidos,... ji, ji, ji –terminó la frase inconclusa con una leve risita de tonos melifluos, como si fuera un ave.

–Gracias, *signora* Delia, debo marcharme. El doctor Duval me está esperando para ir a visitar los túmulos –manifestó Julio, al tiempo que

encaraba hacia la escalera.

–¿*Gli tumuli!*?... No pensará ir allá, *Signore Conde*, ¡no sin un protector! –exclamó Lumbro con tono imperativo.

–¿Un protector? –inquirió Julio con extrañeza.

–Sí, *Signore Conde*, ese lugar es uno de los preferidos por los lobos. Si usted y el doctor tienen pensado ir allá, me ofrezco a acompañarles. Por favor, *Signore Conde*, puede ser peligroso. Los lobos siempre están hambrientos y le garantizo que no le tienen ningún temor a los hombres.

Julio le miró con mayores dudas, pero como Lumbro conocía perfectamente el territorio, sabría de lo que hablaba, así que le contestó

–Está bien, dejé al buen doctor en la galería oeste e imagino que seguirá allí. Termina aquí lo que tenías que hacer y vete para allá de inmediato, Lumbro.

–Lo que usted ordene, *Signore Conde* –respondió el cazador mientras veía desaparecer la figura de Julio, que ya se perdía ascendiendo por las escaleras.

42.

Cuando Julio regresó a la galería oeste, se sorprendió al encontrar vacía la mesa y ausente al doctor Duval. Miró en todas direcciones, llamando su nombre en voz alta; sólo el trinar de los pájaros se dejó oír a su alrededor. Con el ceño fruncido, Julio entró a la casa, pero a pesar de dar vueltas por los recintos aledaños, no encontró ni rastro del médico. “Pero,... ¿a dónde se habrá metido? Lumbro vendrá en un rato a buscarnos, ¡ufa, espero que no nos demore!”.

En ese momento, sintió una queda pero acalorada discusión procedente de un saloncito que estaba pegado a la sala en la que se encontraba, y, acercándose a la puerta que les comunicaba, prestó atención en silencio a lo que las voces de Valentina y Angela se decían mutuamente, pues no había ninguna duda que de ellas se trataba:

–Mira, Valentina, no te lo volveré a advertir, mocosa del demonio. Si vuelves a las andadas te encerraré donde ya sabes y tendrás lo que te mereces.

–¡Ja! Te aprovechas porque soy pequeña, pero te olvidas que soy tan fuerte como tú,

hermanita.

—Pero te olvidas por qué sangre corre aquella que no te recordaré de quién proviene. ¡Y no me llames más “hermanita”! ¡Sabes que sólo lo somos por nuestra madre, Valentina! ¡Ah, ya no te soporto!

—¡Eres una maldita *strega*! ¡*Strega, strega!*

—¡Oooh, ya cállate de una vez, Valentina! Si aquí hay una bruja, esa eres tú. Y te lo advierto en serio, no permitiré que te pases de la raya con el conde, ¿oíste? ¡Nada de tus trucos esta vez!

—¿¡Trucos!?... ¡Los tuyos, envidiosa, los tuyos! ¡Él me amará a mí, boba! ¡Ya verás a quien besa primero!

Julio estaba totalmente sorprendido ante el cariz de los argumentos, “¿Pelean por mí?”, pensó un tanto azorado. La curiosidad le impulsó a seguir oyendo; después de todo no dejaba de sentirse halagado en su vanidad masculina y, se confesó a sí mismo, Angela realmente le gustaba, pero Valentina..., ¡era una nena todavía! “Y ya habla así... Dios mío, ¿cómo voy a detenerla si se anima a hacer algo alocado?”.

—Pero, Valentina, date cuenta. ¿No ves que el conde te mira como si fueras una hija?... En tanto a mí... bueno, ya sabes, ya lo has visto.

—Eso es fácil de remediar, hermanita “ya sabes, ya lo has visto” —replicó Valentina desafiante y en tono de mofa.

—Te garantizo que tus pueriles hechizos no te servirán de nada esta vez. Ya estuve con él y me he asegurado sus favores. Él evitará que funcionen esas zonzeras tuyas, niñita engreída y petulante. Ya se te va a bajar el copete cuando te des cuenta que de nada te valdrán en esta ocasión.

—¡Oh, cómo quisiera que no hubieras nacido, *strega*! —gritó Valentina para inmediatamente girar sobre sus talones y salir de la estancia lo más aprisa que se lo permitían sus pies.

Julio se echó hacia atrás justo a tiempo para evitar que le viera y la siguió con la mirada hasta que desapareció por una puerta. Al pasar, vio que grandes lágrimas caían a lo largo de sus sonrosadas mejillas. Se conmovió; era como ver llorar a una perfecta muñeca de porcelana. Oyó cómo se alejaban presurosos unos pucheros llorosos junto con la perturbada niña e imaginó su carita compungida por un violento llanto que le hablaba de una sensibilidad exacerbada.

¿Hechizos? ¿No sería conveniente que la hiciera ver por un psicólogo? ¿Podría estar Valentina... tener, algún desequilibrio mental? “¡Pero qué estoy pensando! Vamos, Julio, ¡es una nena perfectamente normal! Quizá sea demasiado sensible...”, se dijo tratando de alejar el pensamiento de que la pequeña estuviera psicológicamente trastornada por alguna oscura fantasía sexual, “¿Qué pensarían de mí, entonces, si supieran las cosas que me pasan... o me imagino? Y, ¿acaso no me provoca lo mismo Angela cuando la veo? Una pasión arrebatadora... O, ¿será así cómo se siente el “flechazo”, el “amor a primera vista”? Debo cuidarme y asegurarme de que Valentina comprenda que si se ha enamorado de mí, no soy precisamente el indicado para su edad, ni ella la indicada para mi amor”.

43.

Julio volvió sobre sus pasos y salió nuevamente a la galería oeste, para ver al doctor Duval sentado a la mesa del desayuno, como si no se hubiera movido de allí. Junto a él, estaba sentada Valentina extendiéndole una mano, que aquel tomaba entre las suyas y examinaba atentamente, mientras le decía con ese tono entre meloso y paternalista que se imposta al hablarle a los infantes:

—Bueno, bueno, Valentina, no es nada. Es tan sólo un pinchazo... Así aprenderás a ser más cuidadosa cuando quieras arrancar una rosa, *ragazza* —oyó que le decía, mientras le envolvía un dedo con una servilleta bordada, cuya nívea tela se veía herida por una mancha de sangre.

—Es que no para de sangrar, doctor —gimió Valentina con el rostro distorsionado por el dolor y el temor.

—Oooh, vamos, Valentina, no exageres, hija —le espetó Duval con el ceño fruncido—. Ya te digo que es sólo un pinchacito. Mantén apretado el pañuelo y dejará de fluir la sangre, Vale.

—¡Ay, doctor, usted dirá lo que le parezca, pero a mí me duele muuucho! —clamó la jovencita, cambiando de talante por uno ofuscado.

—¿Qué sucede? ¿Te lastimaste, Valentina? —interrumpió Julio apareciendo en el umbral—. A ver si la cura de inmediato, doctor Duval, parece que le duele... muuucho —la imitó en broma con el rostro iluminado por una sonrisa.



–¡*Signore Conde!* Yo..., ¡oh, sí, me duele, me duele mucho de verdad! –exclamó Valentina con un lastimero sobresalto que se le notaba en la mirada.

–Ah, *Signore Conde*, ya ha regresado usted –le siguió la voz de Duval, que se había vuelto para mirarle.

–Así es, doctor. En realidad, estuve aquí antes, pero el ausente era usted –contestó Julio mirándole fijamente.

–Ah, sí... estuve dando unas vueltas por el jardín. Está precioso, ¿no le parece? –le retrucó Duval con una sonrisa franca.

–Sí, claro... claro que sí, doctor,... hermoso –dijo Julio con un tono impreciso. Su respuesta volvía a descolocar sus presunciones.

–¿Voy a morirme, doctor? –les interrumpió Valentina con voz mocosa, mientras una lágrima se deslizaba como una gota de miel ambarina por sobre la lozana piel de su mejilla izquierda.

–Valentina, hija mía, es sólo el pinchazo de una espina de rosa... ¿cómo podría matarte? ¿De dónde sacas esas cosas, muchachita? –le dijo Julio con voz condescendiente.

–Era una rosa negra –explicó Valentina, dándole una entonación grave y cavernosa a sus palabras.

–¡Ja, válgame la diferencia! –exclamó Duval, al tiempo que se palmeaba los muslos y se echaba hacia atrás en una parodia de ataque de risa.

–¡Hay una diferencia, doctor! ¡Usted lo sabe! –chilló Valentina fuera de sí.

–¿Qué? ¿Que las cultiva tu hermana? –le espetó el doctor mudando su expresión, que se volvió seria.

–¡Sí, sí! ¡Usted sabe para qué! –siguió Valentina, más misteriosa que antes. Julio miraba la escena en silencio y los labios apretados. No sabía que pensar de sus palabras.

–¡Ja, ja, ja! Todavía eres muy crédula, Valentina, ¡ja, ja, ja! –Duval estalló en una súbita explosión de risa, que puso lágrimas en sus ojos.

–¡Oooh, cómo lo odio, doctor! ¡Bah! –gritó Valentina antes de levantarse de la silla y salir corriendo a lo largo de la galería en dirección a la escalinata que llevaba al jardín.

–¡Ten cuidado, mocita, no vaya a ser cosa que te pinches de nuevo con las rosas de tu hermana! ¡A ver si tenemos que enterrarte

mañana! ¡Ja, ja, ja! –exclamó el doctor destornillándose de la risa.

Julio sólo atinó a guardar silencio. Especialmente porque, en medio del griterío, y antes de que la pequeña se levantara repentinamente de su silla, vio que la servilleta que anudaba su dedo lastimado se había zafado y caído al suelo... y vio aquel dedo supurando, no sangre, sino una salada y brillante lágrima que caía, como una gota de miel ambarina, resbalando por sobre su sedosa piel. Y más enmudecido aún se quedó cuando vio, al irse corriendo Valentina y dar vuelta la cara para maldecir furibunda al doctor, que una gota de sangre se deslizaba como una corriente de roja y ardiente lava por sobre sus mejillas encendidas por la furia.

44.

–Hey, don Faustino, buenos días. Venimos con el doctor Duval y Lumbro para montar los caballos. ¿Están en condiciones para una cabalgata hasta los túmulos? –dijo Julio sonriente, mientras se aproximaba a las puertas del gran establo de madera en el que funcionaba la herrería y la caballeriza a cargo del aludido, quien se quedó mirándolo con sus ojos grises brillando desde detrás de sus gruesas gafas enmarcadas en carey.

–*Bongiorno, Signore Conde*, mmm... ¿dijo que quiere ir hasta los *tumuli, Signore Conde?* ¿*Ma per qué? Sono cativo questo tumuli, Signore Conde...* –comenzó a expresarse don Faustino nerviosamente.

–*Per que sí, ¿capice?* Vamos, don Faustino, no me va a decir que usted también tiene reparos por ese lugar... Bah, son tonterías –le espetó agitando una mano en un gesto peyorativo–. La señora Delia dice que no hay nada en ellos. Que el conde Bruno los vació completamente hace años. No hay nada que temer que no sean unos lobos hambrientos, ¿no es cierto, Lumbro? –Julio se interpuso con energía tajante, cortando la cantinela del viejo herrero, hasta terminar volviéndose inquisitivo hacia Lumbro.

–Ah, *certo, certo, Signore Conde...* los lobos son el peligro por allí, ¡*maledeto canii!* –le apoyó Lumbro con vehemencia.

–¿Qué dijiste? –le preguntó Julio con extrañeza. Su última imprecación le resultó un tanto llamativa.

–Oh, es sólo un giro exclamativo regional, *Signore Conde*. Significa “malditos perros” y es algo usual en la jerga campesina por aquí para hablar de los lobos –intervino Duval con su habitual voz de timbre jovial–. Ahora, no perdamos más tiempo, el cielo sigue cubierto y se está poniendo húmedo y caluroso, así que preveo que lloverá en algún momento y mejor que no nos pille en el descampado, ¿no le parece, *Signore Conde*?

–Sí, tiene razón, doctor. Vamos, don Faustino, prepare todo cuanto antes. ¿Quiere ayuda? Quiero que me muestre ya mismo a mi bello caballo negro, ¿sí? –continuó Julio con entusiasmo. Buscaba a Bóreas con la mirada, pero los caballos no se encontraban a la vista, a pesar de que, cada tanto, le llegaba el bufido brioso que exhalaban dentro del haras que, imaginó, sin duda los cobijaba.

–Lo que ordene usted, *Signore Conde*. Si gusta acompañarme, es por aquí – le contestó don Faustino con una ligera inclinación de cabeza, que divirtió a Julio.

Cuando el grupo iba saliendo, entró a la ligera Gambarino, que se quedó tieso al toparse con tanta gente junta, alcanzando a exclamar:

–¡Oh, *Signore Conde*! *Excusi, ¿ma qu'è questo? ¿Cosa succede?*

–Niente, niente, Gambarino. *Il Signore Conde vai vedere gli tumuli... ¡Patzi!* – replicó de inmediato don Faustino con una cara que parecía decir que mejor cerrara el pico. Como Julio poco entendía de italiano, aunque podía captar el sentido de algunas palabras, pero no siempre, le pareció que don Faustino simplemente le informaba al muchacho a dónde iba con el doctor y Lumbro y que le pedía que saliera del paso: “*Patzi...* ¿así se dirá ‘deme paso’?, siempre se aprende algo nuevo. Eso es lo que me gusta de los viajes”, se dijo a sí mismo sin haber comprendido realmente el exabrupto de don Faustino, para luego voltearse hacia Duval y preguntarle:

–Cómo me gustaría aprender a hablar bien su lengua. El italiano es un idioma tan bello y sonoro, que su poesía bien debe valer el esfuerzo de aprenderla, ¿no estaría dispuesto a darme unas clases básicas, doctor?

–Ah, *Signore Conde*, nada me complacería más que enseñarle, pero no poseo dotes de maestro de lenguas. En verdad, no sabría ni por dónde empezar con las lecciones, ¿sabe?

Oh, espero que no tome a mal mi negativa, *Signore Conde*. Además, me parece conocer a alguien que podría hacer lo que desea... y que, por cierto, le gustará mucho más como maestra –le contestó Duval, terminando su comentario con una mirada y sonrisa pícaras, que a Julio le pareció que anunciaban a la persona sobre quien el doctor hablaba.

–No me va a decir que se refiere a Angela, doctor –dijo Julio, con el timbre de voz impostando una agradable sorpresa conocida de antemano y un asomo de sonrisa a flor de labios.

–Eso sí que no lo creo, *Signore Conde*. Me refiero a la señorita Salvia –le respondió el doctor dando un ligero respingo, como si le resultara impensable la posibilidad de que la joven pudiera serle útil para tal tarea.

–¿La señorita Salvia?... Pero, ¿quién es ella? No me ha sido presentada, doctor.

–¿En serio, *Signore Conde*? Bueno, es que ella y su hermana sólo se presentan esporádicamente en la casa, ¿sabe? Son las hijas de Póstumo. Viven con él en una casita que está en medio de los campos de pastoreo de las ovejas. Se encargan de la limpieza, *Signore Conde*. Supongo que ahora que está usted habitando aquí, aparecerán con mayor frecuencia. No se preocupe, creo que las va a conocer muy pronto, je je –le explicó rápidamente el doctor, concluyendo con su habitual risita. De pronto, Julio escuchó la voz de don Faustino, que le decía:

–Bueno, *Signore Conde*, ahora finalmente conocerá a Bóreas, una noble bestia. Sí, señor, el mejor caballo de toda la región. Su abuelo fue capturado por el conde Bruno, allá por el año 1900 y tantos, y cuidé a este animal desde que lo parió su madre, al igual que lo hice con su propio padre. Otro digno y admirable ejemplar, *Signore Conde*.

–¿Cómo se llamaban sus progenitores, don Faustino? –preguntó Julio, buscando ansiosamente a Bóreas con la mirada. Habían traspuesto un portón alto y abovedado que daba paso a un patio cerrado y empedrado, alrededor del cual se disponían ocho portones de otras tantas celdillas, una para cada equino. De cada una pareció elevarse un revoltoso ruido a herraduras golpeando contra el piso, que parecía ejecutado por ocho bailarines de zapateo americano con cuatro piernas cada uno, tan acompasado y rítmico sonaba el sonido de sus cascos tamborileando

sobre un suelo empedrado. De repente, al estridente y ensordecedor repiqueteo comenzó a acompañarle un coro de relinchos, mas no lanzados en forma encabritada, sino más bien como una sinfonía canora de extrañas reverberaciones e increíble vocalización. A Julio le pareció estar viviendo una escena salida de una película basada en algún cuento fantástico y, por alguna extraña razón de su memoria inconsciente, se le presentó la imagen de Mr. Ed, aquel caballo parlante de la televisión que había conocido de niño, cuando el cuadrúpedo ya había muerto hacía años y sólo pasaban sus viejos episodios por un canal de cable.

—Ah, *Signore Conde*, ¡escuche cómo le han reconocido! —exclamó don Faustino con esa expresión de satisfacción que embarga a un maestro de escuela cuando sus alumnos recitan bien las lecciones.

—Es sorprendente, don Faustino. En verdad que les ha enseñado usted muy bien, si es que esto es el resultado de su entrenamiento —dijo Julio, aún sorprendido por el ahora enmudecido recibimiento.

—*Tante grazie, Signore Conde*, pero estos animales han crecido junto a su familia por generaciones. Y siempre han tenido lo que llamo una relación íntima, una ligazón del alma, usted me entiende, ¿no es cierto?

—Creo que sí —atinó a contestarle Julio, porque en ese momento Lumbro había abierto uno de los portones y traía por la brida a aquel que no podía ser otro que Bóreas.

Ahora, era su rostro el que parecía el de un maestro complacido. Ciertamente, era el alazán más estupendo y hermoso que había visto en toda su vida. Los que había montado y cabalgado en la estancia pampeana de su padre en el pasado, se disolvieron de su memoria como si hubieran sido matungos agotados de pelaje raído y deslustrado. ¡Cómo brillaba, en contraste, su suave y prieto pelo, negro como el azabache bajo la luz de la luna llena! ¡Qué ojos vitales y profundos! ¡Y qué mirada le echaban! Negros como la noche más oscura y, sin embargo, animados por una luz interna que parecía la de un par de brasas encendidas, ¡una mirada del alma! “Una ligazón del alma” —pensó Julio al instante— “Eso acaba de decir don Faustino”.

—No tengo palabras para describirlo, don Faustino. Y siento como si nos conociéramos de

toda la vida, en serio.

—No me cabe la menor duda, *Signore Conde*. Eh, Lumbro, saca los otros caballos para Duval y para tí. Puedes llevarte a Bipennis y a Celio, que ya están preparados para ser montados.

—¿Todos los caballos tienen nombres así? —preguntó Julio con interés.

—Son nombres etruscos, *Signore Conde*. La yegua tiene un nombre gracioso, ya que *bipennis* significa “en la forma de dos penes”. Se lo pusieron por ser una hembra paredora como ninguna. Ya le mostraré sus potrillos cuando regresen. Y Celio es el nombre del mes de septiembre, que fue cuando nació en estos establos, *Signore Conde* —intervino el doctor Duval.

—Ah... Vaya nombres raros. El de la yegua, más que nada —comentó Julio con las cejas arqueadas.

—No se extrañe, *Signore Conde*, por estos lugares casi todos los nombres tienen su origen en la lengua etrusca.

—Así que, además de italiano, ¡voy a tener que aprender etrusco! Y, ¿a quién me recomienda ahora, eh, doctor?

—En eso, la mejor maestra es la señora Delia, *Signore Conde*, sin ninguna duda —le respondió Duval con un sesgo de suficiencia y orgullo local, que dibujó una ligera sonrisa en los labios de Julio. “La señora Delia... Tengo que volver a hablar con ella muy pronto”, concluyó con una determinación ineludible.

45.

El imparable trote de Bóreas hacía trepidar el pastizal bajo y seco, haciendo levantar por los aires esquirlas de tierra reseca bajo sus pezuñas, mientras Julio, calzando unas lustrosas botas de montar y enfundadas sus manos en sendos guantes de terciopelo, ambas prendas negras como el alcabor de un horno, le azuzaba entre risas y exclamaciones de aliento a ganar una carrera contra Lumbro y el doctor Duval, momento en el que revivió un sueño extraño que ya había tenido, pero en el que era acompañado por sus fieles mastines y su incondicional servidor, Vípero. Un sueño en el que había conocido al animal que ahora montaba y del cual una atractiva y angelical Angela le había contado una bella historia local. Aunque ella después lo

negara como un hecho real, para él lo había sido tanto como verla enfrente de él. Como en un ensueño, se le presentó, flotando en el aire, el rostro de Angela, para luego perderse entre el escenario de prietos arbustos que comenzó a presentársele ante los ojos.

Desplegado ante su vista, se le ofrecía un panorama que le llevó a pensar: “Todo en esta tierra habla de una fidelidad obstinada a la tradición. ¿Usar giros etruscos en el habla de todos los días? Eso sí que es ser demasiado apegado a las costumbres del lugar”.

La brisa que había comenzado a soplar desde la dirección de los Apeninos, allá por donde debía encontrarse la ciudad de Chiusi mencionada por el conde Bruno, en donde concluye el estrecho desfiladero que sale de Orvieto y por donde corren las vías del ferrocarril hoy en día, le despeinó los cabellos y refrescó su pensativo rostro, volviendo a poner una desmesurada sonrisa en sus labios, especialmente porque ya veía que estaba llegando a la cima de la última colina que le separaba del Val dell’Urne o “Valle de las Urnas”, nombre que, según le contara Duval en el trayecto, tiempos ha le habían dado los lugareños a la zona donde se encontraban los *tumuli*.

Cuando Julio le requirió por el origen de nombre con un tinte tan macabro, el doctor sólo supo responderle que el conde Bruno había sacado del Túmulo Grande “A” una enorme cantidad de cerámicas quebradas colmadas de cenizas. Cenizas que algunos dijeron que eran de personas incineradas... vivas. Él no había visto nunca los restos, pero sí su padre, a quien el conde le encargó su estudio. Pero jamás le permitió husmear en su laboratorio o sus notas, así que no sabía nada del asunto. “Bueno, yo era muy pequeño entonces”, había dicho Duval mirando hacia otro lado, como una forma de dar por concluida la conversación.

Julio notó que, mientras le decía ésto, Duval era objeto de imperceptibles temblores y que no le caía nada bien hablar del tema, por lo que optó por dejarle en paz y espoleó a Bóreas, al grito: “A ver quien es un verdadero jinete y llega antes que yo al Val dell’Urne, caballeros ¡El que lo haga se gana diez mil liras!”, lanzándose instantáneamente a una desenfundada cabalgata, bajo la atónitas miradas del doctor y el cazador.

El que reaccionó primero fue Lumbro, quien lanzó una exclamación compinche: “¡Ya

veremos, *Signore Conde*, ya veremos!”; hincando sus talones en los flancos de Celio que, sin hacerse rogar por su jinete, partió en rauda persecución de Bóreas.

Viendo partir de manera tan repentina a sus congéneres, Bipennis no pudo sino hacer lo propio y seguir tras ellos, lo que hizo de forma tan inesperada que Duval sólo atinó a agarrarse con ambas manos de la montura, al tiempo que se le soltaban las bridas, y gritar “¡Aaah... Paren, paren, malditos dementes! ¡Aaa...yuuu... denmé... eee!”; lo que tan sólo llevó a la hilaridad de Lumbro y a que Julio ni se diera por enterado, tanta era ya la distancia que le separaba de sus compañeros de cabalgata.

“Bóreas realmente es más veloz que el viento”, se dijo a sí mismo, invadido por un tinte de orgullo al ser su amo y señor. “Te portarás con este conde como tu abuelo lo hizo con el conde Bruno, ¿no es así, querido Bóreas?”; y, como si el alazán pudiera oírle y entenderle, sacudió su cabeza de arriba a abajo, en una señal afirmativa, que acompañó con un fuerte y sostenido relincho, dejando su dentadura al descubierto, en una especie de sonrisa ósea, en tanto sus ojos brillaban como un par de brasas ardientes.

En menos de un pestañeo, Julio ya se encontraba en la cima de la ondulación y, ahora sí, ante su vista se desplegó un espectáculo que le hizo contener el aliento. Sus ojos fueron inundados por un paisaje atormentado, con masas pétreas de un color ceniciento y apagado, rasgado por torrentes y cascadas de aguas oscuras y olor fétido, que se mezclaba con una vegetación sombría de apariencia malsana y entrelazada en una especie de abrazo enfermizo. El murmullo de las aguas, que pese a su apariencia y mal olor eran corrientes, y el silencio en todo el ámbito, que contrastaba con aquel, le dejaron impresionado y se recogió en un similar mutismo, al tiempo que paseaba su vista admirada de un lado al otro del Val dell’Urne.

“Este sitio merece su nombre popular, no hay duda. ¿Y el color de esas piedras? Ugh... me da chuchos de verlo nomás”, se dijo mentalmente. Estaba abstraído en sus pensamientos cuando escuchó la llegada de Celio y su jinete, Lumbro.

—¡Eh, *Signore Conde*! ¡Puf... es imposible ganarle si monta a Bóreas!

—¡Bah, excusas, Lumbro, excusas! — exclamó Julio sonriendo.

–*École qua, Signore Conde, questo sono gli tumuli.*

–*Vedo, Lumbro, vedo.*

–Ah... No sé qué le ve, *Signore Conde.*

No es un buen sitio. Déjeme que me adelante para reconocer el terreno y que no haya lobos. Ya le dije que son bravos y no nos temen. Un par de escopetazos no les dejarán ganas de molestarnos, si los hay.

–Está bien, Lumbro, estamos en tus manos ahora. Ve y avísanos.

–Sí, *Signore Conde*, y no se preocupe usted. Si escucha disparos, es que encontré alguno, y para cuando deje de oírlos, esté seguro que ya lo habré matado. Odio a esos lobos, ¡*maledetto canii!*

–No lo dudo, Lumbro, a mí tampoco me simpatiza la idea de ser despedazado por una manada de lobos muertos de hambre.

Sin decir más, Lumbro azuzó a Celio y ambos partieron raudamente colina abajo, en dirección a los túmulos. O Julio supuso que por ahí debían estar estos famosos *tumuli*, porque desde donde estaba no había visto todavía ninguno, excepto esos montones de piedras grisáceas de palidez cadavérica, esparcidas por todas partes.

Casi enseguida llegó el doctor Duval, con el rostro enrojecido y con un rictus de estupor.

–Oh, *Signore Conde*... ¿No puede tener más consideración con un viejo? –le reclamó con voz doliente.

–¡Vamos, doctor, no es usted un viejo!

–¿Usted lo cree así? Tengo mis buenos años encima de los huesos, *Signore Conde*. ¡Ojalá fuera un treintañero como usted!

–Bueno, doctor, usted ya lo sabe, sólo tenemos la edad que tenemos por una vez en la vida. Y, quien sabe, puede ser la última de nuestra vida, ¿no?

–Pero qué cosas dice, *Signore Conde*. Usted está en la flor de la vida, ¡la mía ya se marchita!

–Espero que la mía se empiece a marchitar a su edad, doctor. El cigarrillo seguro me acortará los cumpleaños, doctor, pero no puedo dejarlo. Y eso que dicen que “la carne es débil”... ¡Qué estupidez! En realidad, “la carne es fuerte”... y obstinada con sus vicios –se explayó Julio, terminando con una acentuada sonrisa que parecía decir “pero, qué me importa a mí”.

–¿Dónde está Lumbro? –Duval cambió repentinamente de tema.

–Bajó allá, a ver si hay lobos –dijo Julio, señalando vagamente con un dedo hacia la planicie rocosa – Dice que matará al que vea y nos avisará cuando tengamos el campo libre de cualquier amenaza.

–¿Piensa que el lugar es lo que espera, *Signore Conde*?

–No lo sé, doctor, apenas veo rocas y piedras por doquier y esos torrentes de agua oscura. Además, no he visto aún el Túmulo Grande “A”, ni ningún otro... y este olor nauseabundo...

–Es un lugar malsano y malo, *Signore Conde*.

–Pero el conde Bruno estuvo aquí, y, al parecer, durante bastante tiempo, ¿no es así?

–Sí, es cierto, *Signore Conde*.

–Entonces, no puedo ser menos que él. Tengo que estar a la altura de mi noble antepasado, ¿no le parece?

–Lo que usted diga, *Signore Conde*.

–Hey, ahí está Lumbro. Nos está llamando, doctor.

Julio inició una cabalgata descendente, seguido de cerca por Duval, hasta que llegaron al llano y alcanzaron el lugar en donde se encontraba Lumbro. No habían oído ruido de escopetazos, por lo que, seguramente, el cazador no había visto o encontrado a ningún lobo en los alrededores.

–¿Y, Lumbro, qué hay? No escuché que disparases tu escopeta –le dijo Julio con una sonrisa cuando estuvo frente a él.

–No hay lobos, *Signore Conde*... por suerte.

–Bien, ahora, ¿quién me va a llevar a los famosos tumuli?

–Vengan conmigo, no es muy lejos, hay que cruzar el Ponto della Puia.

–¿Qué es eso?

–El “Puente de la Mujer”, *Signore Conde*. Le pusieron el nombre por una leyenda que todavía circula entre los lugareños –intervino Duval.

–¿Qué leyenda? ¿Qué dice?

–Oh, tonterías, *Signore Conde*. Habla del fantasma o espíritu de una mujer que se aparece por aquí y custodia el paso al Val dell’Urne. Le garantizo que no la vi nunca en mi vida... Y usted sabe que llevo aquí mucho tiempo, ¿no?

—Un hada guardiana o algo parecido, ¿no es así, doctor? En fin, si usted no la ha visto en tantos años, no voy a alentar la falsa esperanza de poder ver a un fantasma... especialmente de una mujer. Y, dígame, ¿por casualidad no dicen si es bonita? —concluyó Julio con una fresca y burlona sonrisa.

—¡Ja, ja, ja, *Signore Conde*, había sido bravo con las mujeres! No, no sé, nunca nadie me dijo qué aspecto tiene. Alguno de los campesinos puede que le cuente algo sobre eso, ya que hay varios que dicen haberla visto o habérsela cruzado alguna vez en su vida. Francamente, para mí son todas paparruchadas de campesinos ignorantes y nada más.

—Bueno, no estaría de más darles algún crédito, después de todo, ¿no, doctor? La región parece prestarse para los encuentros sobrenaturales.

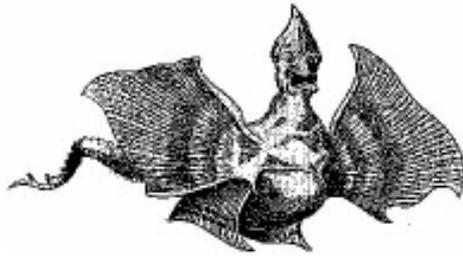
—¿A esas bobadas? ¿Ha visto algún fantasma en su vida, *Signore Conde*?... Yo tampoco.

Mientras conversaban, Lumbro les condujo bordeando uno de esos cursos de aguas opacas y pestilentes, hasta que, doblando un recodo hacia la izquierda, se encontraron con un torrente cuya orilla interior se elevaba empinadamente, salpicada de carrascas, fresnos y bayas que, bajo la brisa, formaban una ondulante bóveda vegetal. Julio se quedó maravillado ante el espectáculo que se ofrecía ante sus ojos, al punto de parecerle, si no fuera por el horripilante aroma que flotaba en el ambiente, un lugar paradisíaco por lo pacífico y arrullador que resultaba el sonido incesante del agua al caer golpeando sobre el lecho de rocas duras de la corriente.

Y en la otra orilla, aguzando la vista, Julio alcanzó a distinguir unas protuberancias, que no dudó pertenecían a las tumbas que buscaba visitar con tanto afán, cuyas puertas, alguna vez abiertas como bocas bostezando sobre unos ahora desaparecidos senderos, estaban cubiertas de mañosos y entreverados hierbajos en los que crecían en forma dispersa apretados grupos de unas silvestres flores rojas.

Julio se quedó anonadado, porque le pareció percibir que, de una de ellas, caía una lágrima de un tono rojo tan encendido como la que había visto rodar por las mejillas de Valentina hacia un rato, y, de inmediato, se presentó ante él, flotando en el aire, el rostro de Valentina. Y, esta vez, tardó bastante más que el de Angela en esfumarse hasta desaparecer.

(continuará en el siguiente número)



QLIPHOTH

Fanzine de mitología

<http://qliphoth.eximeno.com>

<mailto:qliphoth-subscribe@egroups.com>

© 2003 Francisco Ruiz & Santiago Eximeno